

das en mi
obra.

y sutiles
n como a
ma huma-
cados que
e advierte
la técnica
acción se
a saltos
y desliza
algunas
maestra, es
del todo
mpre son
olidas. El
isamente
debía ser
e ocurre
es y sen-
algunos
fundas y
traer al
ción del
ión prin-

d de su
la ori-
habría

mucho que hablar; pero este es un asunto de poca importancia. Nadie tiene en cuenta al juzgar una composición dramática, la novedad de su fábula. Por otra parte, es muy difícil ser original. El príncipe de los dramaturgos, Shakespeare, no ha producido una sola obra cuyo asunto sea producto de sus propias facultades creadoras. Los clásicos franceses Corneille y Molière entraron a saco, y se gloriaron de ello, en la literatura dramática española, la cual, Vd. bien lo sabe, no era tampoco muy abundante en productos vernáculos.

«Aunque Vd. haya procurado huir de las imitaciones, es casi seguro que habrá caído en alguna. Es muy limitado el elemento dramatizable de que puede disponer un autor. M. George Polti ha catalogado todas las situaciones dramáticas y ha encontrado que sólo existen treinta y seis. Remy de Gourmont, de quien tomo el anterior dato, afirma que son menos aún; que esas treinta y seis situaciones pueden reducirse a cuatro.

«Teniendo en cuenta estas consideraciones me encuentro imposibilitado para afirmar de una manera absoluta